ZANGUEBAR.—Siempre se creen guerreros y siempre están prontos á demostrarlo.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Cayzac. (*Pág.* 80)

CARTAS DE MISIONEROS

EN MONGOLIA

El Superior general de la Congregación belga del Inmaculado Corazón de María, nos transmite la siguiente carta de un misionero «desterrado, como él mismo dice, en las inmensas estepas de Mongolia,» esto es, en las más salvajes profundidades del Imperio chino. Nuestros generosos lectores leerán con emoción estas tiernas líneas:

Carta del Rdo. P. Van de Velde, de los Misioneros belgas de «Schent-lez-Bruxelles,» á una hermana suya, Religiosa Carmelita.

Desterrado en las inmensas estepas de Mongolia, no puedo, como hacía San Benito con su hermana Santa Escolástica, visitarte de vez en cuando para entretenernos santamente hablando de Dios y de sus maravillas. Además, tampoco podrías jugarme la mala ó mejor la buena partida que á su hermano le jugaba dicha Santa, que cuando quería irse lograba del cielo una lluvia torrencial que le obligaba á continuar con ella. Más haces tú, si así puede decirse: con tus súplicas y oraciones atraes las bendiciones del cielo sobre mis trabajos. Sin duda será para ti motivo de alegría el recibir la noticia de que tus súplicas han sido atendidas: en un año, mi rebaño ha aumentado en más de cincuenta ovejas...

Estas pobres gentes, han acudido á nosotros hostigadas por la miseria y en busca sólo de pan material. Si á la par de éste han encontrado el pan espiritual, esto es, la doctrina que salva, ha sido porque la gracia divina, solicitada por tus oraciones, los escogió de entre los paganos más honrados. Unos años pasados entre nosotros y la enseñanza cotidiana de la Religión, los han convertido en verdaderos cristianos, cuya fe podría servir de ejemplo á más de un europeo educado desde la más tierna infancia en las verdades del Cristianismo.

—

Citemos ejemplos:

Hace pocos meses, la joven esposa de Tchang-fu-tai, recién convertido, sufrió un ataque de parálisis. Por espacio de algunos meses, el mal fué recorriendo sucesivamente todas las partes del cuerpo de la infeliz paciente, paralizándole los brazos, las piernas, el costado derecho y el izquierdo. Obligado noche y día á cuidar á su mujer, el esposo tuvo que abandonar el trabajo, y el joven matrimonio quedó pronto sumido en la mayor miseria. La muerte de la paciente hubiera sido peor todavía para el desdichado esposo, porque, en China, para tener mujer hay que comprarla. El precio medio es de unos cien francos, y en las actuales circunstancias, un hombre de la condición de nuestro Tchang-fu-tai, no puede ahorrar esta cantidad sino á costa de muchos años de ruda labor. Por esto el joven cristiano no reparó en agotar todos los recursos para procurar á su

Ayuntamiento de Madrid

esposa innumerables medicamentos prescritos por ignorantes charlatanes.

Todo en vano, la enferma empeoraba: un día resolvió visitarme.

—Padre, me dijo, creo que el demonio anda en este asunto. Antes de contraer esta enfermedad, mi esposa solía comulgar mensualmente, pero desde que está enferma, no ha podido bajar á la iglesia, y desea vivamente recibir al Señor.

Fuí á confesar á la paciente y le administré la sagrada Comunión. Luego abrí el ritual y recé la oración que se reza á los enfermos. El resultado fué, por decirlo así, inmediato. A los pocos días esta mujer, completamente restablecida, reanudaba sus habituales tareas, sin experimentar la menor dificultad en el movimiento de los miembros. Su fe la había curado, como al paralítico del Evangelio.

Otro hecho que demuestra cómo premia el Señor la confianza de los neo-convertidos.

Era el año 1908, poco antes de la recolección de la cosecha, que por cierto fué mezquina. La tormenta amenazaba. «Tendremos lluvia, me dije; y perjudicará de veras.»

Así discurría, cuando veo llegar un anciano, muy experto y entendido en achaques atmosféricos.

—Padre, dese prisa á rezar la oración contra el granizo. Estas nubes azul plomizo evidencian que vamos á sufrirlo; si descarga sobre nuestros campos, cosechas perdidas.

Inmediatamente me fuí á la iglesia, revestíme de sobrepelliz, y al caer las primeras piedras empecé á rezar la oración pedida; luego eché agua bendita á los cuatro lados del horizonte. La tormenta, tan formidable en apariencia, se resolvió en ligera lluvia, mientras que densas tinieblas cubrían las cumbres de los montes vecinos.

Disipadas las nubes, salí al jardín. Paseábame tranquilamente, cuando observé que á la falda de la montaña un grupo de cristianos me señalaban el Oeste.

Miré, y... ¡adivina mi asombro al ver que aquellos montes estaban sepultados bajo un montón de granizo, que formaba como una capa blanca á sus elevadas cumbres! Las mieses de los paganos que habitan aquellas alturas, quedaban completamente destruídas por los helados proyectiles, de los que los hubo del tamaño de un huevo de gallina. Algunas ovejas, no recogidas á tiempo, fueron muertas.

Igual desastre—así me lo dijeron al día siguiente—sufrieron los montes y valles situados al Este de nuestra cristiandad, única que se libró de la desgracia.

—

Pasemos á otro objeto. Sin contar mis cincuenta convertidos adultos, tengo seis niñas recién nacidas. Actualmente están confiadas á nodrizas paganas, en cuyas casas permanecerán hasta la edad de cuatro años, y luego serán educadas en Establecimientos de la Santa Infancia. Unas me las vendieron sus padres; otras deben á la Providencia la vida corporal, lo mismo que la espiritual.

En efecto, el 17 de Septiembre, uno de mis catequistas algo médico, entró á la vivienda de un pagano de la montaña, á dos leguas de la Misión. En aquel preciso instante, dicho pagano, teniendo entre las manos una niña recién nacida, hablaba así á su mujer:

—Tenemos cuatro hijas; son muchas. Matemos ésta, pues sería una estupidez criarla sabiendo que no nos dará ningún provecho.

La madre imploraba misericordia para la hija de sus entrañas. Entonces intervino el catequista diciendo:

—Dadme la hija; Padre os la pagará. Los dos estaréis contentos, pues tú, dijo á la madre, le salvarás la vida, y tú (para el padre) recibirás una onza de plata.

Otro día, un cristiano sorprende á un pagano disponiéndose á ahogar á una niña recién nacida en un cubo de agua. Mediante promesa de un pedazo de tela que apenas valía tres pesetas, obtiene la niña que nos envía al día siguiente.

A los citados casos ¡cuántos podría añadir de infelices criaturitas sacrificadas al momento de su nacimiento! No ha muchos días, advertido de que á una legua de la iglesia había un pagano que quería deshacerse de una hija, ensillé el caballo y salí al trote con la esperanza de poder por lo menos bautizarla. Llegué tarde, la pobre niña había muerto de inanición.

—

Cosa curiosa, las gentes que cometen tales abominaciones, tienen un temor increíble al alma de los niños, lo mismo á la de los asesinados que á la de los muertos de muerte natural.

Una niña de las que logramos rescatar y que estaba confiada á una nodriza pagana, murió. El esposo de la nodriza vino á decírmelo y á preguntarme qué debía hacer del cadáver.

—Lo traes, le respondí, y lo enterraremos en el cementerio.

—No me atrevo, Padre.

—¿Y por qué?

—Porque temo que por el camino el espíritu de la niña-me juegue una mala partida.

—Entonces, le dije, entiérrala tú mismo.

Dicho esto, el hombre se alejó, para regresar temblando, á eso del anochecer. Llevaba á la espalda un cesto lleno de paja. Tranquilizado que estuvo, me contó que sus conciudadanos no le habían dejado seguir mi consejo, temiendo que el espíritu de la niña atrajera sobre ellos las mayores desgracias. Amenazado furiosamente por todo el pueblo, sudando y temblando me traía el cadáver en el cesto lleno de paja.

—¿Qué hacen, pues, los paganos, para salvarse del espíritu de sus hijos? me preguntarás.

Un cristiano me asegura que abandonan el cadáver á cierta distancia de su habitación, y los lobos lo devoran. ¿Creen los padres que estos animales devoran también el espíritu de los niños, acabando con él y con su malévola influencia? Es muy posible.

NOTICIAS VARIAS

Japón.

Fundación religiosa.—Las Hermanas de la Misión del Niño Jesús son una institución puramente japonesa establecida en Yokoama. Esta Comunidad fué fundada por la Rda. M. Matilde, que celebró el año pasado las bodas de oro de su vida en las Misiones, cuya mayor parte ha sido empleada en el Ex-

Ayuntamiento de Madrid

tremo Oriente. La venerable Religiosa tiene 95 años, y fuera de una insignificante sordera, goza de una salud excelente y robusta. Cada día se levanta á las cinco de la mañana, y se ocupa todo el tiempo en el trabajo y oración.

Colonia del Cabo.

Precios de los avestruces.—El cónsul de Francia en el Cabo comunica el precio á que se venden los avestruces en aquel país. Una pareja de dichos pájaros ha sido vendida por 25,000 francos, en el distrito de Upper (Albany), Colonia del Cabo, y el vendedor entregó también nueve jóvenes avestruces hijos de la pareja, aunque sin plumas, por 415 libras esterlinas, ó sea 10,375 francos, y un joven macho con todo su plumaje por 100 libras esterlinas. Se está ensayando, con muy buen éxito, la aclimatación de avestruces en el Mediodía de Francia.

Africa.

Sudoeste alemán.—Son todavía algo frecuentes las insurrecciones de los indígenas en la colonia alemana del Sudoeste. A fines del año anterior buena parte de ella estuvo cerrada á los europeos, siendo el cabecilla de los levantiscos un tal Simón Copper. Sin embargo, las enérgicas y rápidas medidas adoptadas por el Gobierno alemán han sofocado el levantamiento.

—El campo alemán de diamantes en la colonia alemana del Sudoeste es verdaderamente notable, según confesión del propio Mr. Dernburg, ministro de las Colonias.

Allí se hallan diamantes que se valúan en 30 chelines por *carat*. Una casa alemana llegó á obtener 100 carat por día y otra hasta 500, valiéndose de los medios más rudimentarios. El Gobierno alemán ha tomado sus medidas para la debida explotación.

Costa de Oro.—En un solo mes la importación ha sido por valor de 171,062 libras esterlinas; la exportación llegó á 141,385 íd., de las cuales 5,285 correspondían al cacao.

Nigeria.—La Comisión anglo-alemana encargada de fijar la frontera entre la Nigeria y Kamerun, tuvo á fines de Diciembre un encuentro con un fuerte contingente de indígenas de Calabar, trabándose un sangriento combate en Lujonalla. Después de cuatro días de escaramuzas, los agresores se dieron á la fuga, resultando cinco muertos y diecinueve heridos. En la acción de Lujonalla fueron heridos de gravedad el teniente Stephany, comisario alemán, y un sargento de igual nacionalidad.

—Según afirma Mr. J. C. Dudgeon y lo confirma la experiencia, tanto en la costa como hacia el interior existen varios insectos que producen seda. Tiene ésta en su estado natural ó sin pulimento alguno, un color pardo ó amarillo obscuro, y suele ser ésta la clase que presentan los indígenas en el mercado. La que traen los indígenas de Ibadan, Banchi y Borun, producida en el Norte de Nigeria, llamada seda de Gambasi ó Hausa, es mucho más fina y de color más blanco.

La sacan hirviendo en masa los capullos y, una vez secos, los restos de los gusanos indican si es de la clase Anaphe. Haciendo experimentos en la obscuridad con los gusanos vivos, la seda aparece de un color blanco finísimo: lo cual sucede con el gusano «A infracta.»

—Desde Enero á Septiembre de 1908 fueron exportados 13.946,828 galones de aceite de palma, y 2,830 toneladas de almendra íd.

—En el primer semestre de igual año fueron importados géneros por valor de 2.193,993 libras esterlinas, ó sea un aumento de 219,019 libras esterlinas contra igual período del año anterior.

—El descubrimiento de petróleo en la Nigeria inspira halagüeñas esperanzas, y son muchos los que sueñan en futuros millones. Se hallan vestigios de petróleo en una extensión de más de 200 millas cuadradas. De ser cierto el descubrimiento, será de mucha importancia en esta parte de Africa, donde es tan considerable el consumo de este artículo.

Lagos.—Parece que pronto será un hecho la construcción de un dique flotante en dicho punto. Su capacidad será para 2,000 toneladas, de modo que pueda contener el buque Draga y demás barcos que continuamente prestan su servicio en aquellas costas, como el Ivi... El Gobernador de la colonia prometió que pondría el asunto en conocimiento del Ministro. Para su entretenimiento se han presupuestado 120 libras esterlinas.

Madagascar.—Una correspondencia particular de Madagascar dice que se acaban de descubrir en Tamatave importantes yacimientos auríferos, hasta el punto de haberse extraído en algunas semanas varios kilogramos de oro, pesando una sola pepita medio kilo.

—En la región de Antsirabo, que goza de gran reputación aurífera, un ingeniero está practicando estudios para substituír los antiguos sistemas de extracción por otros de carácter industrial. Supónese que Madagascar se convertirá en una nueva California.

Abisinia.—Como tributo de admiración al primer Vicario Apostólico de Abisinia, el insigne capuchino cardenal Masaia, apóstol de los etíopes, el emperador Menelik (hoy difunto) envió á Roma para ser colocados sobre el sepulcro del cardenal Frascati, dos magníficos colmillos de elefantes de un valor inapreciable.

Argelia.—Existe en Argelia una enfermedad llamada «fiebre mediterránea,» y se ha comprobado que proviene de la importación de cabras de Malta á dicha colonia, cuya leche contiene el bacilo llamado «micrococcus melitensis.» Por este motivo el Gobierno del país argelino ejercerá una extrema vigilancia sobre la importación de dichas cabras maltesas.

Sur de Africa.—Todos los Vicarios Apostólicos del Sur de Africa asistieron á las fiestas jubilares de Pío X en el Vaticano.

Mons. Mac Lherry presentó al Papa tres estudiantes preparados en Africa para recibir las Ordenes sagradas y ser agregados á las Misiones. El Padre Santo manifestó gran satisfacción y el vivo interés que siente por los católicos del Sur de Africa.

Nuevas Hébridas.

Ciclón.—Se han recibido en Sydney algunos pormenores acerca del ciclón que el 29 de Marzo último devastó las Nuevas Hébridas. El desastre fué terrible. Una oleada inmensa destruyó las casas de Teoma y arrasó los campos. Las oficinas del Gobierno, en Vila, se hundieron, y embarrancaron numerosos buques.

Ayuntamiento de Madrid

AMÉRICA CENTRAL

RELACION DE VIAJE EN LOS RIOS PUTUMAYO, CARAPARANA Y CAQUETA Y ENTRE LAS TRIBUS GUITOTAS

POR EL P. FR. JACINTO MARIA DE QUITO, Misionero Capuchino

CAPÍTULO III. — Tribu de los Erayes. — Peste que los diezmaba á nuestra llegada. — Modo de medicinarse. — Facilidad de convertirse á nuestra Religión.

El día 7 de Noviembre, después de habernos puesto en las manos del Señor, salimos de *El Encanto* con el P. Santiago, nuestro intérprete Anselmo Magallanes, y el soldado Pedro María Millán. Luego tomando camino por tierra nos dirigimos por la parte izquierda del Caraparaná con dirección á la tribu de indios güitotos, llamados Erayes. Anduvimos unas siete horas por dentro del monte, y dimos con el pequeño río Menaje: antes de pasarlo se encuentra primero un puente de guadua, el que sin exageración alguna, tendría unos doscientos metros de largo. Muchas veces perdimos el equilibrio; caímos, y volvíamos á subir, pero siempre lo pasamos sin novedad: lo que prueba que no es muy alto, y sólo es indispensable para tiempo de invierno en el cual, saliendo el río de madre, todo aquel lugar se vuelve una inmensa laguna.

Cuando hubimos salvado el Menaje, descubrimos en medio de la espesura del bosque unas siete casas de la forma y condiciones dichas en el capítulo I de esta segunda parte.

Como al momento de nuestra llegada caía sobre nosotros un diluvial aguacero, y, por otra parte, nadie sabía el momento de nuestro arribo, llegamos sin que lo advirtieran y en silencio nos dirigimos á la casa del blanco, que suele haberla casi en todas las tribus conquistadas. El dueño de la habitación no estaba en ella, sino que vino al siguiente día; pero los Güitotos que allí vivían, si no salieron á recibirnos, pues no tienen tal costumbre, se portaron caritativamente, ofreciéndonos hospitalidad y cualquier servicio que les pedíamos.

Después que hubo pasado el chubasco, comprendimos que todos los indios ya estaban cerciorados de nuestra llegada, siendo el Cacique el primero que fué á darnos la bienvenida. Lo recibimos con la afabilidad y cariño que exigían las circunstancias: luego le preguntamos por los demás de su tribu, y nos dijo que muchos se le habían muerto, y otros estaban muy enfermos. Participamos de su pena, al propio tiempo que le ofrecimos los medicamentos que para ellos nos había dado el bondadoso Sr. Gregorio Calderón, quien ya tenía conocimiento de que la peste diezmaba á sus indios conquistados.

Muy poco tiempo duró la entrevista con el Cacique, porque la noche lo obligó á retirarse, y nosotros aplazamos para el día siguiente nuestra visita á los pobres enfermos.

Llegado éste, nos encaminamos con el R. P. Santiago á uno de los chozones más próximos. Entramos, y á pesar de ser tan claro aquel día, nos pareció estar rodeados de las más densas tinieblas. Un corto tiempo permanecimos como estatuas, sin distinguir ni ver nada; luego vimos que aquel lóbrego lugar, aparte de otras horripilantes escenas, estaba convertido en un hospital. Aquí era un anciano que, á impulsos del dolor, se retorcía y revolcaba en su lecho de guascas (hamaca); allá estaba un niño abrasándose en fiebre perniciosa, y á quien la madre, según costumbre, echaba tanta agua fría, que muy pronto era un charco la cama del enfermo. Estas y muchísimas otras cosas formaban un cuadro desgarrador, y en su presencia no pudimos menos de permanecer mudos y consternados.

Ahora, lo que pasaba en esta casa, eso mismo, y aun peor, se repetía en las demás. Fué, pues, nuestro principal interés administrarles el santo Bautismo, porque ninguno lo tenía. Y en esta santa y consoladora tarea nos íbamos alternando con el P. Santiago, pues nos disputábamos para mandar almas al cielo, y creo no fueron pocas, porque de los niños no más pasarían de 40 los que bautizamos; y algunos de los viejos se murieron luego de ser regenerados con este Sacramento.

Omito aquí otras historias para tener tiempo de contar el modo como estos infelices güitotos se medicinan en casi todas sus enfermedades. Advierto, asimismo, que muchas cosas que narraré en los primeros capítulos de esta segunda parte, son comunes á las demás tribus de indios güitotos; y por lo tanto, no diré todo lo que pasó y vimos en cada tribu.

Pocos son los conocimientos que tienen de la virtud de los árboles, bejucos y otras plantas del monte; de aquí el que no hagan uso de ellos para aliviar sus dolencias; pero sí tienen mucha fe en los medicamentos que les ofrecen los comerciantes, los que, regularmente, son de botica. Empero, y aun cuando tuvieran muchas boticas á su disposición, nunca abandonarían la hidroterapia, que para ellos es el remedio *cúralo todo*. Esta se la aplican en las fiebres, para los catarros, viruelas, dolor de muela, etc. No diré que para algunas enfermedades no venga muy bien un baño; pero la manera como éstos lo toman, en muchos de los casos les produce la muerte.

Como generalmente colocan las hamacas cerca del fogón, si es que no están encima para calentarse mejor; luego salen de ese calor, llueva ó no llueva, haga viento ó no, y así desnudos como están, corren á arrojarse en los riachuelos, cuyas aguas, por estar bajo de sombra y no tocarles los rayos del sol, son bastante frías. Dicho baño lo repiten cinco y más veces al día, y cuando la enfermedad los imposibilita levantarse, entonces los hijos, mujer ú otros allegados, cuidan de acarrear el agua y echársela por todo el cuerpo.

A más de la hidroterapia, acostumbran otro remedio, el que lo saben aplicar todos, porque no exige su preparación mucho talento: este consiste en sacar ventosas, pero con los labios.

Creen estos infelices que á fuerza de chupar al pa-

Ayuntamiento de Madrid

ciente pueden librarlo de la enfermedad; y de aquí el aplicar los labios en todas las partes del cuerpo, y lo hacen con tanta violencia que, en verdad, dejan señales idénticas á las que quedan cuando se levanta la copa del lugar donde hizo el vacío para sacar una ventosa. De cuando en cuando, á esas comprensiones labiales añaden estrujones con las manos, que lejos de curar al enfermo le quitan media vida.

Con estas medicinas y su manera de aplicarlas, ¿cómo no se han de morir, y contagiarse unos á otros?

Vamos, ahora, á tratar de otra cosa más importante y de mucho consuelo para los que están destinados á las Misiones del Caquetá, y es: la facilidad de convertir estos indios á la Religión Católica.

Esta facilidad la encuentro, ante todo, en el respeto que generalmente tienen al Misionero, en quien reconocen algo sobrehumano; y de allí no darle otro nombre sino el de Jusiñamuy (Dios). A este respecto voy á contar lo que oímos con el P. Santiago, al Cacique de los Buchamisayes, tribu existente entre el Putumayo y el Ingaraparaná.

Con ocasión de la entrega de caucho á los Sres. Cabreras, vinieron dichos indios á *Nueva Granada,* y allí fué la primera vez que presenciamos varias de sus salvajes costumbres.

En momentos en que todos estaban reunidos, y el dicho Cacique les arengaba en voz muy alta, según es la usanza de todos ellos; nos presentamos en la casa y, por medio de un intérprete, le dijimos cómo habíamos venido de muy lejanas tierras con el fin de bautizarlo á él y á toda su gente. También le preguntamos si estaba contento con nuestra presencia, y si quería que lo acompañáramos algunos días. Su respuesta fué suficiente para que se me fuera el miedo que tenía delante de ellos. Contestó, pues, á nuestro intérprete: «¿Cómo no hemos de estar contentos, si estos Jusiñamuyes son nuestros propios padres?»

En otra tribu hicimos también una pregunta algo curiosa, á un indio que, al decir de los blancos, era muy cruel y había dado muerte á blancos y á indios. «Dime, le dije: ¿por qué ustedes los Güitotos no se han comido á algunos de los Jusiñamuyes que han venido á visitarlos?» Y él, sonriéndose, me contestó: «Al Jusiñamuy no se puede comer, porque si se le mata, todos los indios se mueren.»

A más de lo dicho tengo otros argumentos para aseverar que es fácil su conversión; por ejemplo: el miedo que tienen á los demonios, y que todo lo bueno lo atribuyen á los espíritus buenos ó dioses, como ellos dicen; la creencia en un lugar de tormentos, y en otro en donde no los hay; todo esto es materia predisponible para infundirles las verdades de Jesucristo y de su Iglesia.

Y por conclusión de este capítulo diré; que si en la actualidad, muchos de los indios se han vuelto fieras por su crueldad, es debido al mal trato que les han dado algunos comerciantes. El mencionado Sr. Gregori, hombre de mucho conocimiento de las costumbres de estos indios, me dijo en presencia de algunos caballeros colombianos y peruanos: «Padre, hasta ahora no he sabido que un güitoto haya dado muerte y se haya comido á alguno de los blancos, si primero no han recibido injuria de éstos.» Item más:

La oposición que tuvo el P. Basilio, y el odio que algunas tribus tienen al santo Bautismo, es debido á las diabólicas ideas que les infundieron varios comerciantes.

Reglamentando, pues, ese elemento pernicioso; y poniendo el Gobierno la mira en la desgracia y miseria de aquellos pobres indios; y más que todo, que se trate de sostener las Misiones, apoyándolas y dándoles buenas autoridades, que son el brazo derecho del sacerdote en esos lugares; ya no tendrá el viajero, cuando penetre en estas selvas, aquel miedo pánico de quien es acechado por una partida de indios que, en todas partes le ponen celadas, y el rato menos pensado recibe una lluvia de flechas; ya no verá feroz y airado el rostro de su hermano; ya, en su casa, podrá dormir sin sobresalto y sin centinela que le guarde; sus ojos no verán cráneos, muelas ni otros trofeos humanos pendientes de las puertas y sobre las agudas picas de *chonta;* no se repetirán las horribles matanzas de blancos, de indios, de los hijos con los padres; ni el mismo salvaje convocará con su *maguaré* (tambor) á las demás tribus para festejar sus victorias, bailando al rededor de la víctima, y luego sentarse á la luz del fuego para devorar su carne y así completar el eterno odio que tienen á su adversario.

(Continuará).

BÉLGICA Y EL ESTADO LIBRE DEL CONGO

ÉANOS hoy permitido registrar un hecho con el que será preciso contar en lo sucesivo en la resolución de los destinos del misterioso Continente: tal es la anexión del Congo á la pequeña Bélgica que pasa desde hoy á ser un gran país colonial. Sabido es que el gran Estado llamado del Congo independiente ó Estado libre del Congo, de una extensión de 2.000,000 de kilómetros cuadrados con unos 14.000,000 de habitantes, fué creado el año 1885 en la conferencia internacional de Berlín por las potencias europeas, poniéndolo bajo la soberanía particular del rey de Bélgica, sin que la nación tuviera parte alguna en la administración de dicho Estado. Bajo el gobierno de Leopoldo se desarrollaron pacíficamente las obras católicas y también, y sobre todo, las Compañías explotadoras de aquel feracísimo suelo.

Pero de pocos años á esta parte se ha levantado un clamoreo universal, provocado por Inglaterra principalmente, acusando á las mencionadas Compañías de usar procedimientos extremadamente bárbaros con los pobres indígenas, y por ende acusando á la Adminis-

Ayuntamiento de Madrid

tración general del Estado como protectora de tales atropellos. ¿Quién no recuerda, si ha hojeado revistas extranjeras, haber visto retratados en ellas indígenas estropeados, mutilados, según se decía, por agentes de las Compañías, acompañando el todo con relatos verdaderamente espeluznantes? Es verdad que el Gobierno y otros testigos presenciales dignos de crédito protestaban de tales afirmaciones, y en estas mismas columnas hemos estampado el pro y el contra de semejantes inculpaciones, dejando el juício sobre su certeza ó falsedad al criterio de los lectores; pero lo cierto es que el clamoreo llegó al punto de pedir una intervención internacional en dicho Estado, anulándose el acta de Berlín y adoptándose por último el acuerdo de que el Estado libre del Congo dejara de pertenecer al dominio particular del rey para convertirse en colonia de la industriosa Bélgica.

La anexión ha encontrado dificultades nacionales é internacionales, pero el rey Leopoldo y su gabinete han logrado dominar los últimos obstáculos, abriéndose para el país belga un porvenir colonial lleno de promesas y esperanzas con la adquisición de un imperio inmenso, riquísimo, en el que aún hay numerosas regiones desconocidas.

La partida de defunción del Congo como Estado independiente, y la de nacimiento como colonia belga, se publicaron en el «Monitor Oficial de Bélgica,» conteniendo los siguientes documentos:

1.° El texto de la ley de transferencia.

2.° El texto del primer tratado de cesión entre Bélgica y el Estado independiente.

3.° El Convenio provisional, en virtud del cual los ingresos y gastos del Estado del Congo corren de cuenta de Bélgica á partir de 1.° de Enero de 1909.

4.° Los anexos A, B y C que han sido publicados con los documentos parlamentarios, á excepción de los textos de los tratados entre el Estado del Congo y las Compañías.

El apéndice A contiene el tratado con la Santa Sede acerca de las Misiones. El apéndice B contiene el cuadro de valores pertenecientes al Estado, de sus propiedades en Africa y en Bélgica y de su cartera. El apéndice C contiene detalladamente los compromisos financieros del Estado del Congo, que quedarán á cargo de Bélgica.

5.° El acta adicional ó tratado de reincorporación.

6.° El decreto suprimiendo la Fundación de la Corona.

7.° Algunos apéndices relativos á los inmuebles pertenecientes á la fundación de la Corona.

8.° El texto de la ley colonial.

Los Obispos de Bélgica publicaron una Pastoral colectiva en la que expresan su patriótico júbilo al ver realizada la anexión, manifestando su agradecimiento al Rey y á las cámaras, á todos los misioneros, oficiales y funcionarios que han contribuído á fundar la patriótica obra.

Señalan en la Pastoral, que fué muy del agrado del Rey, los deberes que el porvenir impone diciendo: «La colonización es menos una ocasión de beneficios que un manantial de deberes... Es un acto de caridad colectiva que una nación superior debe á una raza desheredada... Si Bélgica busca ante todo el reinado de Dios y su justicia, el resto le será dado por añadidura.» Termina la Pastoral con la prescripción de cantar un *Te Deum* en todas las iglesias por tan fausto suceso.

El primer ministro de las Colonias es el señor Julio Reukin, que lo fué antes de Justicia, el cual antes de ser ministro fué abogado ilustre en Bruselas y administrador de algunas sociedades industriales y coloniales. Hombre avisado, muy emprendedor, tendrá que aplicar sus energías todavía juveniles á la reorganización del Congo y hacer desaparecer todos aquellos abusos que en más de una ocasión pareció iban á comprometer la obra que allí se estaba realizando. Su nombramiento ha sido generalmente aplaudido. Además el señor Reukin, que ha viajado mucho, conoce especialmente á España, habla correctamente el español, é hizo frecuentes viajes á Alava y Guipúzcoa como mandatario de una sociedad minera anglo-belga. Cada vez regresaba de España á su país natal, más encantado de la belleza del país español, de sus pintorescas costumbres y de la cordialidad con que era siempre acogido.

Esta favorable circunstancia, y la de tener Bélgica un representante consular en Santa Isabel de Fernando Poo, amén de las amistosas relaciones que unen á España con aquella industriosa nación, cuyo pueblo lleva en sus venas generosa sangre española, nos parece, que tal vez pudiera utilizarse para entablar relaciones encaminadas á permitir la recluta de braceros en el Congo con destino á Fernando Poo. Apuntamos sencillamente una idea que debidamente estudiada y llevada á la realidad podría acaso resolver un problema de vital interés para esta isla.

A título de curiosidad, añadimos que la anexión del Congo á Bélgica traía consigo la modificación de la bandera roja, amarilla y negra de aquella nación.

Decíase que bien se orlaría de azul la banda roja ó bien se pondría una estrella azul en la amarilla ó una de oro en la negra. Añadíase que en el Congo podrían ondear indistintamente la bandera colonial, azul con estrella de oro ó la belga sin modificación alguna, dejando á los negros la elección.

No hemos visto aún la resolución de este asunto que estaba en estudio.

La benéfica labor de las Misiones en el Congo puede inferirse de esta estadística. Desde 1888, las Misiones belgas, leemos en el «Eco Franciscano,» han enviado al Congo 515 misioneros y 166 misioneras. Durante ese período han fallecido en dicha tierra africana 134 religiosos y 58 religiosas. Actualmente hay en el Congo 281 misioneros pertenecientes á 8 Congregaciones, y 108 religiosas pertenecientes á 6 de dichas Congregaciones.

Ayuntamiento de Madrid

DESDE CHINA

(Continuación)

En el departamento principal de esa pagoda, revestido todo él de tela amarilla—que es el color del emperador—con listones blancos sobrepuestos, en señal de luto, se colocó delante del altar del ídolo, oculto por una cortina, la casita del espíritu—*lin-u,*—hecha de papel, bajo pabellón de tela azul con flecos amarillos. En la diminuta habitación del centro de la casucha, ó sea en el salón del trono, había una silla de papel también con un dragón rapante pintado en el respaldo, cuyas patas — las de la silla—terminaban en garras de dragón, á imitación de las sillas imperiales; detrás de la silla estaba la *tablita del espíritu* con los siguientes caracteres: *Ta-sin guang Ti-lin-uei* — trono del espíritu del gran emperador,—y enfrente de la casita un pebetero de metal en que ardían seis varillas de incienso. De igual modo estaba preparado el departamento inmediato dedicado á la emperatriz.

ZANGUEBAR.— Guerrero kikuyu vistiendo el traje con que acuden á sus famosas danzas. Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Cayzac. *(Pág.* 80)

Dispuestas y arregladas todas las cosas para la ceremonia que iba á verificarse, fueron llegando por su orden todos los mandarines de la ciudad; iban vestidos de riguroso luto con un saco de tela burda, calzando alpargatas de paja, cubierta la cabeza con un pedazo de tela blanca, lo mismo que el saco, llorando á lágrima viva, seguidos de sus esbirros y alguaciles, que lloraban también y vestían de luto. Aquello fué un espectáculo realmente conmovedor para los que lo presenciaron. Pero lo que impresionó más á la gente fueron las extraordinarias manifestaciones de dolor que hizo el señor Prefecto, un anciano venerable por su edad, que frisa en los setenta, quien representó admirablemente su papel, lo que captó el aplauso y la admiración de la muchedumbre.

III

Como los extremos y alardes de aflicción que en ese día de las honras fúnebres de los emperadores hicieron los mandarines de esta ciudad, á V., por no estar al tanto de ciertas costumbres chinas, quizá le asombren y le parezcan increíbles, no estará demás, para quitarle esa incredulidad y asombro, que le recuerde, antes de describir tan patéticas manifestaciones, el concepto que tiene esta gente acerca de la piedad filial y de los deberes que impone. Según los chinos, la piedad filial es la primera y la mayor de las virtudes, la que más se precian de observar, y en la que está basado el gobierno despótico patriarcal de este país, y todas sus leyes y costumbres. Al emperador se le considera en China como padre y madre de su pueblo, y el mismo título dan á los mandarines sus respectivos súbditos; y con esa denominación, que tan mal les cuadra, se los designa ordinariamente, como se

Ayuntamiento de Madrid

practicaba en la antigüedad y se recomienda en las obras de Confucio, de texto en todas las escuelas. Por tanto, al emperador deben profesarle sus vasallos, sobre todo los mandarines que son sus hijos predilectos, idéntica veneración y cariño que á sus padres naturales. Esto es lo mandado, y lo que hay obligación de cumplir, ó aparentar, al menos, que se cumple. Ahora bien; el primer mandato de la piedad filial es amar á los padres mientras viven, y llorarlos después de muertos. Esto último es lo que más puntualmente se observa en este ceremoniático país, donde pasaría por un monstruo de impiedad el que no llorase copiosamente la muerte de sus padres durante varios días consecutivos.

Previa esta advertencia, parecerán menos ridículos ó más *disculpables* los lloriqueos de los mandarines y otros excesos de dolor que voy á describir. Como queda apuntado, el 29 de la luna décima, ó sea el 22 de Noviembre, acudieron *in cinere et cilitio*, á la pagoda *Chien-yuen-cung*, á celebrar las honras fúnebres de los emperadores difuntos todas las autoridades de la ciudad. Llegó el primero, á las seis y media de la mañana, el prefecto á pie, escoltado por los esbirros y alguaciles de su tribunal, y entre un pelotón de curiosos que le acompañaban y seguían. El venerable anciano venía llorando como un chiquillo; al andar se tambaleaba y se le doblaban las piernas; así que, para evitar que se cayese, le sostenían y llevaban del brazo tres de sus satélites contra quienes se recostaba lamentándose, doblando hacia delante la cabeza y hacia ambos lados, completamente abatido y presa de profundo desfallecimiento. Dentro de la pagoda redobló sus llantos y gemidos y demás muestras de dolor, y tuvieron que llevarlo casi en vilo sus alguaciles hasta el departamento donde estaba expuesta la *tablita* imperial, ante la que se dejó caer el infeliz, dando unos suspiros, que parecía que con cada uno de ellos se le iba el alma. Hechas las tres postraciones de rúbrica, se retiró á un lado, y, fija la vista, empañada por las lágrimas, en la *tablita del espíritu* del emperador, la estuvo contemplando así cinco ó seis minutos, gimiendo tan tiernamente, que algunos de los circunstantes le acompañaron en el llanto, personas de edad todos ellos; pues la gente joven no daba señales de estar muy conmovida, contentándose con admirar y aplaudir lo bien que ejecutaba el prefecto aquellas tristes ceremonias. Al salir su excelencia de la pagoda, llorando como había venido, después de visitar el departamento de la emperatriz, ante cuya *tablita* hizo las mismas postraciones y demás muestras de sentimiento, llegó entre dos filas de soldados vestidos de luto como su jefe, y cada uno con su bandera blanca, al hombro, el *Tung-lin*, como llamamos en chino á los coroneles y generales de brigada.

Yo no sé qué impresión me causó ver llorar á un señor tan respetable, á quien conozco y he tratado algunas veces, y que es lo que se dice un verdadero militar en toda la extensión de la palabra: alto, fornido, de aspecto enérgico, muy bigotudo; negro y feo. A la legua se le notaba la violencia que tenía que hacerse para llorar. ¡Y qué carota la suya tan grotescamente compungida! Detrás del *Tung-lin* vino el suprefecto de la ciudad, que representó su *lastimoso* papel con bastante naturalidad y gracia por lo que gustó.

Entre los mandarinillos jóvenes hubo algunos que no lloraron, pero lo fingían, llevándose el pañuelo á los ojos á cada paso. Uno de ellos, algo maniático según dicen, estuvo rematadísimo en aquella ocasión, y excitó la hilaridad del público con sus aspavientos, desaforados gritos y ridículas lamentaciones. Pataleaba el desventurado y lloraba como si le matasen. Escenas como la descrita, aunque con menos solemnidad, se han repetido durante todos estos días, y continuarán repitiéndose hasta el 12 del corriente, en que termina el duelo nacional. Hasta esa fecha los mandarines de más alta graduación, como los tres arriba citados, deben ir á llorar, por lo menos una vez al día, y á postrarse ante las *tablitas* del espíritu de los difuntos emperadores, delante de las cuales arden día y noche tres varillas de incienso.

Algunas personas he visto, viejos la mayor parte, que, á pesar de no obligarles la ceremonia del lloriqueo, van á la pagoda *Chien-yuen-cung* á llorar y hacer sus postraciones, á imitación de los mandarines, ante las *tablitas* referidas. ¿Es que les sale de adentro y sienten en realidad la muerte de los emperadores? En parte quizás sí, influídos, sin darse cuenta de ello, por sus ideas sobre la piedad filial y por haberse formado, creo yo, una especie de *conciencia errónea* de la obligación que tienen de sentir la muerte de los emperadores y de llorarlos: un sentimiento *sui generis*. Por lo demás, no es cosa mayor lo que los chinos se interesan por la salud de sus emperadores ni el cariño que les profesan.—*(Concluirá)*.

NARRACIONES KIKUYUS

PARA COMPLETAR «LAS MEMORIAS DE UN SALVAJE»

por el R. P. CAYZAC, de la Congregación del Espíritu Santo, misionero en el Zanguebar

VII

Los ancianos

La primera idea que acude á la mente cuando se quiere hablar de los «ancianos» kikuyus, es la que expresa la célebre palabra *djohi*. Como de ella no sacarías nada en claro, voy, amigo lector, á explicarte qué significa: el *djohi* es el licor nacional, que se extrae de la caña de azúcar, el cual, en verdad, dista mucho de ser limpio. Cortan la caña, la majan en un almirez; recogen el jugo, lo hierven, fermenta, y lo beben, todo en el espacio de veinticuatro horas... Como veis, es mucho más sencillo fabricar *djohi* que fabricar *champagne*. El hombre primitivo ama la simplicidad; la civilización le es odiosa; lo complicado le parece monstruoso é insensato; gusta su *djohi* con un placer que no dan seguramente los vinos más *civilizados*.

Ayuntamiento de Madrid

Al levantarse por la mañana, más ó menos temprano, según el tiempo, pero nunca antes del alba, cosa que sería inútil, pues no tienen cosa urgente, los primeros pensamientos de un anciano kikuyu rara vez se dirigen al Dios de sus padres.

—¿A dónde podré beber hoy? pregunta á su fiel esposa, la cual la tarde anterior se informó prudentemente.

—Hoy *Fulano* hace *djohi*.

Y ved á nuestro anciano documentado para el día, y trazado su programa. Pasea una mirada rápida por su rebaño, y abandona majestuosamente el pueblo, diciendo:

—Voy á beber á casa de fulano.

Llegado á casa del individuo en cuestión, toma asiento sin ceremonias en el círculo de los ancianos, ya formado en medio del pueblo, al aire libre.

Los primeros momentos son de imponente calma; se limitan á cambiar en voz muy baja algunas palabras vacías de sentido... Pero cuando las inmensas calabazas, llenas hasta los bordes, hacen su aparición triunfal, hay que oír los ¡hurras! de alegría y ver alborozarse los graves semblantes...

Llenan el cuerno que les sirve de copa, y su primer contenido es religiosamente derramado, según el rito antiguo de las libaciones, para apagar la sed de los Espíritus bebedores que protegen el pueblo. Luego vuelven á llenarlo, y empieza á dar vueltas por el círculo, apurándolo de un sorbo cada bebedor. Esto, empero, no es beber, es probar, empezar, abrir el fuego, darles medios para cumplimentar al dueño del *dhjoi*.

Terminados estos actos preliminares, y cumplidos los deberes de religión y de cortesía, el cuerno empieza á dar vueltas con prodigiosa rapidez. Han puesto manos á la obra, y está prohibido exteriorizar cansancio... Pronto se desatan las lenguas, y las conversaciones se animan más cuanto más beben. Prodíganse mutuos elogios y mil ridículas caricias. El dueño, queriendo burlar á un bebedor, hace ademán de pasarle el cuerno lleno, pero éste es ágilmente cogido por otro, que de un sorbo apura su contenido, entre las risas inextinguibles de todos los bebedores, excepto del perjudicado. Este, primero pone la cara seria, levantando los ojos como para tomar al cielo por testigo de tamaña osadía; pero acaba por reír con los demás.

Dadas por el cuerno incalculables vueltas, los espíritus se levantan poco á poco en alas de la poesía, y empieza el canto. Cada bebedor desempeña su papel lo mejor que sabe. Trátase de ver quién excede al otro en elogios hiperbólicos. El anciano que fué comparado por su predecesor á la lluvia y á la luna, elevándose más comparará al siguiente con las estrellas y con el mismo sol. Este último no se confesará vencido, sino que dirigiéndose á otro anciano de los que en aquel momento ni siquiera se aguantarían en pie, le conferirá sin parpadear los atributos de la divinidad... Esto no acabará hasta apurada la última calabaza; el combate no debe acabar sino por falta de combatientes.

Bebido el *djohi*, el anciano regresa á su casa, cantando y tambaleándose, en un estado de *felicidad* indescriptible: la embriaguez le alegra. Entra en su habitación, se acuesta tranquilamente, y duerme hasta el anochecer.

ZANGUEBAR.— Calabaza llena. — Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Cayzac.

A esta hora se levanta, y le hallaréis sentado á la entrada del pueblo, grave y majestuoso, para presenciar el desfile de su querido rebaño y someterlo á minuciosa revista. El rebaño llega, los soberbios machos cabríos que le preceden agitan ruidosamente los cencerros. Si queréis tener idea de lo qué es un hombre transportado al tercer cielo, disfrutando de la Beatitud, ved este viejo kikuyu, comprobando que sus cabras tienen el estómago lleno... Habréis podido ver rostros más hermosos; pero más felices, ¡ni por pienso! ¡no los hay en este mundo!

(Continuará).

Ayuntamiento de Madrid

INDIAS ORIENTALES. — TANGATAMAL Y GOVINDASUAMI

POR EL P. ANDRÉ, S. J., MISIONERO DEL MADURÉ (INDIAS ORIENTALES)

OVINDASUAMI Pilai tenía comercio de arroz en Manargudi, población bastante crecida del Distrito de Tanjor; pero sus negocios no andaban bien, y dentro de poco ya no tendría con qué alimentar á su numerosa familia de ocho hijos, y el mayor no tenía aún dieciséis años. Un día dijo á su esposa Tangatamal que se iba á buscar fortuna en Birmania, y se marchó. Esto sucedía en 1898.

Quedó, pues, sola la madre en la casa, y recayeron sobre ella todos los cuidados, muy pesados por cierto, de la familia; pero aún quedaban los fondos del almacén; de allí se tomaría para vivir. Abrigaba, además, una grande esperanza en su corazón: su esposo se había ido á Birmania, ¿es posible ir tan lejos y no enriquecerse? Así es que esperaba llena de confianza; pero tuvo que esperar mucho tiempo. Los días, que parecían siglos, pasaban las semanas, los meses pasaban y Govinda no volvía. No se tenía noticia alguna de él: ¿dónde estaba? ¿qué hacía? ¿qué le había sucedido? Nadie lo sabía.

Bien pronto fué la miseria la que entró, espantosa, en ese pobre hogar, donde padecía una madre en medio de sus ocho hijos. Para poderla contar sería preciso haber vivido allí los tres años siguientes: trabajo constante y no interrumpido de día ni de noche; cansancios que llegan á agotar las fuerzas; angustias del alma que van hasta la desesperación; y con eso, el hambre y la enfermedad y los niños que lloran, porque no tienen qué comer; he ahí lo que experimentó esa pobre madre sola, durante tres años. Mas un día llegó en que el valor le faltó, y determinó acabar con la vida, había de ir á ahogarse con todos sus hijos, lejos de allí, para que nadie lo supiese. A lo menos no sufriría tanto, y su nuevo nacimiento, según pensaba en su corazón pagano, había de ser más afortunado.

Junta, pues, aquella desgraciada madre los últimos maravedíes que le quedan, y dice á sus hijos: «Venid, vamos de aquí, vamos á buscar á vuestro padre.» ¡Partir! y ¿á dónde tan lejos? pero si estos pequeñuelos no tienen fuerza para ello. Y aquel lejano país, de donde su padre no había vuelto, de donde tal vez no volverían ellos, les llenaba el corazón de espanto. El hijo mayor contestó que no se quería ir, el segundo y el tercero dijeron lo mismo, y la hermana mayor también. Así es que la madre partió con las tres hermanitas y el Benjamín de todos que llevaba aún en brazos.

Púsose en camino la pequeña caravana: los niños caminaban sin decir palabra, pisando con sus piesecitos la ardiente arena, entre tanto que sus ingenuas miradas se fijaban con terror en el rostro de su madre. Llegados no lejos de Nidamangalam, á 20 millas de Manargudi, como estuviesen ya muy cansados, preguntaron á su madre: Mamá, ¿á dónde vamos? —A ahogarnos, hijitos míos, contestó. Mas ellos no la creyeron ó no entendieron, y siguieron caminando por la carretera desierta, sofocados por un sol abrasador, á pesar de la sombra de las higueras, que crecían apiñadas al borde del camino.

Eran las doce cuando salió de repente de en medio de un bosque de higueras un venerable anciano, de barba larga y medio blanca, que parecía frisar en los sesenta.

Del cuello le colgaba una cruz que descansaba sobre su pecho: era, al parecer, uno de los cristianos del Padre Arulaper, el misionero que en otro tiempo había propuesto á la pobre Tangatamal que se hiciera cristiana. El buen anciano iba caminando tranquila y lentamente, cuando la desgraciada caravana de aquella mujer y sus hijos le llamó la atención.

¿Y á dónde vais de este modo, buena señora? preguntó el anciano con curiosidad.—¿A ti qué te importa? contestó aquélla con dureza. Tantos años de miseria le habían enseñado á desconfiar de los hombres, no creía que aquel anciano le quisiera hacer algún bien.—Mucho me importa, repuso éste; me parece que sois muy desgraciados, tú y tus hijos, y si pudiera ayudaros en algo, lo haría de muy buena gana.—No necesito tu ayuda, vete de aquí, contestó la mujer. Pero el anciano seguía preguntando y aquélla le decía: No me preguntes más, vete; no conviene que estemos hablando más tiempo aquí. Si nos vieran, hablarían mal de nosotros. (Los indios son en efecto muy severos en este punto). —¡Qué podrán decir de nosotros! exclamó el anciano, ves mi edad. Vamos, dime, ¿á dónde vas?—«Mi madre dice que quiere ir á ahogarse,» dijo entonces una niña á quien la simpática y franca mirada del anciano había inspirado confianza. «Ahogarte,» exclamó éste, mirando con fijeza á la infeliz madre. Esta palideció, bajó la cabeza, y después de un momento de silencio, dijo: «Oyeme, voy á contarte todo.» Y así lo hizo, y al terminar el recuento de sus desgracias, añadió: «Y ahora quiero acabar con la vida, voy á ahogarme, yo y los cuatro hijos que ves aquí.»—«No, no lo harás, exclamó el anciano; sígueme, iremos á tomar el tren en Nidamangalam, yo te pagaré el viaje y te llevaré á Trichinópoly, donde está ahora el P. Arulaper, á quien conoces. El cuidará de ti y de tus hijos, ven.»

La voz de aquel hombre era tan persuasiva, que la pobre mujer no pudo resistir. Le siguió, pero con desconfianza:—Témome que este anciano, dijo en voz baja á sus hijos, nos quiera hacer una mala jugada.—Yo más bien creo que fué el demonio quien hizo decir semejante cosa á aquella mujer; porque ¿qué mala jugada puede temer uno que ha resuelto acabar con la vida? Añadió en seguida que se detendría en Mariamankovil, última estación antes de llegar á Tanjor, donde tenía algunos parientes. Dió parte de su determinación al anciano que nada contestó. Tomaron el tren, y al poco rato Tangatamal se quedó dormida, rendida por el cansancio y los pesares.

(Concluirá).

Ayuntamiento de Madrid

LA EXPIACION DE UN PADRE

(DIARIO DE UNA ESPOSA MODELO)

TRADUCIDA

DE LA 2.ª EDICIÓN FRANCESA

POR

M. C. G.

(Continuación)

18 Septiembre.

Acaba de ofrecérsenos la primera ocasión de poner en práctica mi resolución de ayer: esta mañana Luis se ha negado á dar los buenos días á su tía María, á quien, sin embargo, quiere mucho. Se lo mandé; lloró, chilló, protestó de cien maneras. Atraído por el alboroto, vino su padre. Luis confió le daría la razón, redobló los gritos y se le arrojó al cuello llorando. Felizmente Carlos está también convencido de la necesidad de corregirle: separándole de sí le dijo:

—Bueno, haz como gustes; pero entiende que si no obedeces en seguida, quedas sin desayuno.

Titubeó un momento, sorprendido por esta resolución que comprendió era irrevocable. Luego, reprimió las lágrimas, y sin decir palabra salió del cuarto en busca de su tía para abrazarla. Creo que esta primera experiencia será provechosa lección. Durante el almuerzo estuvo triste y avergonzado. En sus delgadas mejillas pálidas se adivinaban huellas de lágrimas: pero las tristezas de niño duran poco: al levantarse de la mesa pidió á su padre le acompañase á pasear por el bosque, á lo que Carlos accedió gustoso.

Repetidas veces he observado los saludables efectos de las correcciones justas y merecidas en el ánimo de los niños. Hacen justicia á la razón que las dicta y comprenden que se les reprende por su bien. Lejos de disminuir el amor que á sus padres tienen, lo aumentan y hacen más respetuoso. Sin embargo, para lograr tales resultados, precisa no dejarnos vencer nunca por el primer impulso de natural impaciencia y enojo. El niño castigado debe comprender cuán doloroso nos fué vernos obligados á emplear el rigor. No abusemos de reprimendas ni palabras serias. Dejémosles á nuestros hijos la mayor libertad posible. El límite de ella será cuanto pueda dañarles. Son niños, tratémosles como á tales. Que corran, que chillen, que enreden y alboroten. Así tendremos mayor derecho de pedirles silencio y calma las horas que precisen.

1.º Octubre.

Mi marido me permite tener un año más á Luis en casa. Un buen profesor le dará dos horas diarias de lección. Yo me encargo de dirigir sus composiciones y deberes literarios. Luis ha cumplido nueve años. Restablecido de su dolencia, goza envidiable salud. Sólo una cosa anhela y es seguir entre nosotros el mayor tiempo posible, y este deseo es acicate de que me sirvo para hacerle estudiar.

15 Octubre.

Las lecciones de Luis empezaron hace ocho días. Hasta ahora no tuvo otro maestro que yo, y me ha sido doloroso deber abdicar el cargo de institutriz de mis hijos. He descendido á la categoría de *auxiliar*. Los profesores dicen que en relación á su edad está muy adelantado. A Carlos le admiró oír esta afirmación de labios de un profesor, hombre serio, y que no adula. Y yo me decía que aún hubiera podido tenerlo un año más á mis cuidados. Ahora empezaba á enseñarle latín. Pero no quise, ni por un momento, contrariar á mi esposo.

Don Francisco P. es un excelente caballero é ilustrado profesor, cuya religiosidad conozco. Además asisto á sus lecciones, me gusta el plan y el método, y sólo me entristece el recuerdo del cargo perdido, pues me encantaba ser maestra de mi hijo.

4 Noviembre.

Acostumbro hace tiempo á conversar cada día un ratito con Luis. De cinco á seis viene á mi cuarto y me dice: «Mamá, hablemos.» Tomo la calceta ú otra labor, y la conversación empieza. He observado que estas conversaciones le son muy útiles á mi hijo. Hablamos de sus quehaceres, de sus juegos y paseos, de cuanto vió y de cuanto le explicaron; le gusta, y estas fruslerías suelen brindarme oportunidades de consejos serios, de paternales correcciones. Sin mal humor, sin hablar recio, logro darle lecciones útiles, evidenciarle una falta, prevenirle contra peligros y defectos. A Luis le encantan estos ratos que pasamos juntos: ello le hace sentirse más hombre, y creo poder afirmar que preferiría sacrificar media hora de recreo que el tiempo que pasa conmigo cada día al anochecer. Cuando un incidente imprevisto interrumpe esta costumbre, nunca olvida decirme cuanto lo siente, aun cuando la causa es una excursión ú otros recreos.

Trata á su madre con absoluta confianza. Creo poder afirmar que nunca tuvo secreto para mí. Leo en su alma como en libro abierto. Cuando ha cometido una falta ó travesura, corre á contármelo con encantadora sencillez. No le riño, me limito á evidenciarle en qué consiste la falta y en hacérsela odiosa, y me admira la facilidad con que comprende cuanto le digo y la manera como logro el fin propuesto. Muchas veces sus deducciones se anticipan á las mías, y me apura á preguntas, empeñado en conocer el por qué de las cosas: la lógica de la infancia es inquebrantable.

5 Noviembre.

Ayer tarde estaba sola con Luis: hablábamos de sus primos, pues acababa de leerle una carta en que mi hermana me explicaba los brillantes éxitos que premiaban sus estudios.

De repente, tomando mi hijo un aire serio que no le es habitual, me pregunta:

Ayuntamiento de Madrid

—¿Y á mí, mamita, cuándo me acompañará á los Padres?

—¿Quieres dejarme? le contesté para eludir la cuestión.

—¡Ah! no, en seguida no, pero deseo aprender y saber mucho. ¿Será el año próximo? Me parece que pronto deberé prepararme para la Primera Comunión.

E insistiendo:

—¡Dígame cuándo, mamá!

—Esto lo sabe tu padre, le respondí.

—También debe saberlo V., pues V. y papá son iguales.

Empeñada en cambiar pronto de conversación, le abracé diciendo que deseaba tardara en llegar aquel día, pues me apenaba deber separarme de mi querido Luis.

Creía acabado el incidente, y para mejor lograrlo le tomé la lección y distraje jugando, pero no contaba con la tenacidad característica de ciertos caracteres de niños y de modo muy particular del de mi hijo.

Salí unos momentos á dar una orden, y al entrar me sorprendió ver á Carlos muy agitado, pasearse por el salón. Luis sentado á la mesa hojeando un libro ilustrado, me pareció triste.

—Tengo que hablarte, me dijo mi esposo con acento imperativo y clavando en mí una mirada colérica que nunca me había hecho sufrir.

—¿Qué tienes... qué pasa... pregunto asustada. ¿Estás enfermo?

Dejando á Luis con su libro, salió del salón, abrió la puerta de su despacho, entró y le seguí.

Sentía rugir en el aire la tempestad y no acertaba en cual fuese la causa, pues Carlos es siempre buenísimo para mí, y nunca hasta este día habíamos tenido contrariedades serias.

—¿Dime, querido mío, qué tienes? le pregunté con la mayor dulzura.

—Tengo que en mi casa quiero ser dueño y señor, y que me parece muy mal que tú pretendas burlar mi voluntad.

Asombrada cada vez más, pero serena, pues de nada me acusaba mi conciencia, le supliqué se explicara.

—No te cuadra fingir ignorancia, pues sabes muy bien que mandaste á mi hijo me pidiese cuando ingresará en los Jesuitas. Y también sabes perfectamente que no ingresará nunca, pues será alumno del Instituto neutro.

Trabajo grande me costó calmar la agitación de Carlos, á quien nunca, y hace ya catorce años que nos casamos, había visto tan fuera de sí.

Al decirle á Luis que lo preguntara á su padre no fué, ni remotamente, mi intención contrariar á Carlos. De tenerla hubiera creído obrar mal: así se lo dije y acabó por creerme; me tendió la mano y dijo:

—Bien, te creo; no hablemos más de este asunto. Pero no dudes que mi resolución es irrevocable. Deseaba que Luis fuese alumno interno del Instituto. Por condescendencia, por darte gusto, será externo.

—Quiera Dios que algún día no debamos lamentarlo, contesté sin poder retener las lágrimas.

—Esto es de mi incumbencia, replicó con aspereza.

. . . . . .

¡Es de su incumbencia!... ¿y á la pobre madre no le incumbe, no le interesa?... ¿No es hijo mío Luis? ¿Y la responsabilidad de su alma no es igual para ambos?... ¿Por qué, Dios mío, es tan negra la primera nube que vela el cielo de mi hogar?

4 Diciembre.

¡Ha muerto Isabel de V...! joven, hermosa, adorada de cuantos la rodeaban, llena de vida y salud, una enfermedad traidora la ha arrebatado en dos días. El lunes acompañó á Máximo, su hijo, para que jugara con mi Luis. Rebosaba satisfacción y belleza. Por la tarde vino su esposo D. Manuel á buscar al niño, y me dijo que Isabel estaba indispuesta, pero no de cuidado, la fatiga quizás ¡acaso un aire!

Al día siguiente el médico le mandó guardar cama, el miércoles al anochecer expiró.

Presidía un hogar modelo y deja un niño de ocho años. Todos compadecemos al pobre D. Manuel y á Máximo, que tan joven se ve privado del amor y los cuidados de su madre.

5 Febrero.

Don Manuel de V. nos ha pedido que permitiéramos á Máximo estudiar con Luis hasta Pascua, época en que espera lo admitirán en el internado de los Jesuitas. Hemos accedido, pero creo que esta combinación, que alegra mucho á Luis, pues le da un compañero, contraría á Carlos. No me ha dicho la razón, pero la comprendo; Luis intimará con su joven amigo y á los tres meses le será muy doloroso deber separarse de él. Sin embargo, no ha sido posible negarse á petición tan natural.

10 Febrero.

Máximo es un niño encantador. A pesar de la ligereza propia de los pocos años, ha comprendido la irreparable pérdida que acaba de sufrir. Su corazoncito está muy triste. Luis lo compadece y se esfuerza para distraerle y divertirle.

—Es tan desgraciado, me decía, ¡no tiene mamá!

Y se arrojó á mis brazos llorando.

3 Marzo.

Máximo y Luis simpatizan y son buenos amigos. Máximo no está tan adelantado como Luis, pero en cambio es más estudioso y más atento; esperan lograr el próximo curso ser condiscípulos; porque Luis siempre ha creído que él también será alumno de los Padres. ¡Cuánto temo alguna salida intempestiva, hija de esta convicción!

(Continuará).

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para el Shensi Septentrional (China).—R. P. Fr. José M.ª Iruarrizaga, franciscano

Barcelona.—N. N. . . . . 5 Ptas.
Santander.—D. Luis Bellocq. . . . . 12'30 »

Para las Misiones más necesitadas

Barcelona.—J. S. . . . . 5 Ptas.
Mazarrón.—D. Ginés Morales. . . . . 50 »

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona

Ayuntamiento de Madrid